

trastienda cultural

EDITORES Y ESCRITORES

Al alborear la década de los sesenta, el editor Lara, dueño y director de Planeta, se vanagloriaba de pagar puntualmente los derechos de autor a los escritores que en su casa publicaban. Esto bien puede parecer lo más lógico y natural del mundo dentro del proceso propio de la creación intelectual a la hora de vivir de la pluma. Pero no lo es. Desgraciadamente en este país gran número de escritores jamás han cobrado una peseta en concepto de derechos intelectuales y éste es un problema que vemos acentuarse. Si es que en este caso el acento logra poner más énfasis en las culturas minoritarias, como es el caso de la gallega. Sólo las asociaciones de escritores pueden luchar contra esta situación, que viene dada de un lado por la desidia del intelectual no profesional por otro por la precariedad industrial que caracterizó durante siglos a la industria editora, dado el bajo índice de lectura español.

Pero bien es verdad que el mundo editorial no ha cuidado en demasía las fuentes de su materia prima: el creador o el intelectual que escribe libros. De ahí que resulte tan arduo vivir de la creación y se cuente con los dedos de una mano quién lo consigue en el presente. Tenemos muy próximo un ejemplo, que puede considerarse como significativo y está produciendo ampollas en determinados círculos de opinión. La organización del «Primer congreso de escritores gallegos», ante su escasez de medios, ha llamado a todas las puertas posibles para sufragar los gastos de esta reunión importante. Ha llamado a puertas oficiales, bancarias, filantrópicas y a las de sus patrones los editores gallegos. Han conseguido subvenciones oficiales, de entidades bancarias y alguna fundación ha prometido vagamente algo, resultado que puede considerarse normal.

No es tan justo que de más de una docena de editoriales que publican en gallego, sólo dos, «Edicións xerais» —una empresa nueva— y «Anaya» —de ámbito nacional que presta atención a lo gallego—, hayan aportado unas pesetas. El resto, a unos días del congreso, han dado la callada por respuesta. El ejemplo me parece grave, la situación en sí demuestra un claro divorcio entre la industria y el productor. Y si un país se hace grande gracias a su cultura, la cultura adquiere importancia según la cantidad de intelectuales que profesionalmente se dedican a ella, lo contrario es ir tirando entre buenas voluntades y esfuerzos titánicos que dan como resultado una producción mediocre. En los años ochenta, Galicia, la cultura gallega, está necesitando un Lara en gallego.